

L. MALDONADO
BOMATI



YVRCOY



Reservados todos los derechos

L U I S M A L D O N A D O B O M A T I

S U R C O S

(P O E M A S B I S E L A D O S)

PORTADA Y «EX-LIBRIS»
DE L. MARTIN

1

9

2

8

R. 179613

A todos y... a nadie

Ya están los surcos abiertos...
Para abrirlos he ahondado
en mi pecho,
con la reja
del ensueño...

Cante el sol... Llore la lluvia,
y dé sus frutos mi anhelo...

Acaso, sí, las tormentas...
pero
los surcos
—¡mis surcos!— quedan abiertos...

A U S E N C I A

I

DESPEDIDA

Sutiles amarguras
con el temple de acero de una daga,
que la emoción intensa del momento
clavaba
—¡tan despiadadamente!—
en el pecho.

Una inquietud, amarga,
dando la sensación de que una mano,
a fuerza de apretarnos la garganta,
nos tornó mudos.

Negras
desesperanzas
y... ¡quién sabe!, tal vez, entre los pliegues
de unas risas nerviosas, una lágrima...

Fué un momento solemne que no tuvo
nada
de los romanticismos
trasnochados de ahora.

Nuestra alma
quiso ser tan sincera
que, al pretender hablar, no halló palabras.

II

DISTANCIA Y TIEMPO

El tiempo, la distancia,
la angustia misma de mirarse ausente,
son flores rojas cuyo olor intenso
se pierde
—como algo inútil— a través de un hondo
sentimiento de amor. Todo lo puede
la voluntad. ¡Las recias voluntades
que nos hacen triunfar sobre la Muerte!..

La distancia y el tiempo,
la angustia misma de mirarse ausente,
no existen cuando el alma
tiene
la juventud briosa de los años
y un optimismo igual que la defiende.

Yo tengo ese optimismo
y tu imagen, gentil, la llevo siempre
tan dentro de mi sér, con tal cariño,
que a veces
—con un temor pueril— tiemblo pensando
en las cosas que fueron y que hoy hieden...

... (y es en esos momentos cuando ella
pone un beso, de luz, sobre mi frente).

III

INQUIETUD

Esperamos. Los garfios de una duda.
dolorosa, cruenta,
hacen sangrar al corazón. Las horas
ruedan parsimoniosamente.

Esperamos... —No llega.

—¿Y ha de venir?..

—Ha de venir, me consta.

—Dime: ¿Si no viniera?

—Vendrá. Lo ha prometido
y no faltó jamás a sus promesas.

Esperamos. De súbito,
afuera
se oye el rumor de unas pisadas leves
y una mano, grácil, toca en la puerta...

—¿Lo ves? ¿no te lo dije?

¡Es ella!

Abrimos presurosos. Nadie... nada...
Fué la misma inquietud.

Altiva, lenta,
la caravana de las horas grises
rueda,
y el corazón, sangrando entre los garfios
de la angustia tenaz, duda y espera.

IV

OFRENDA

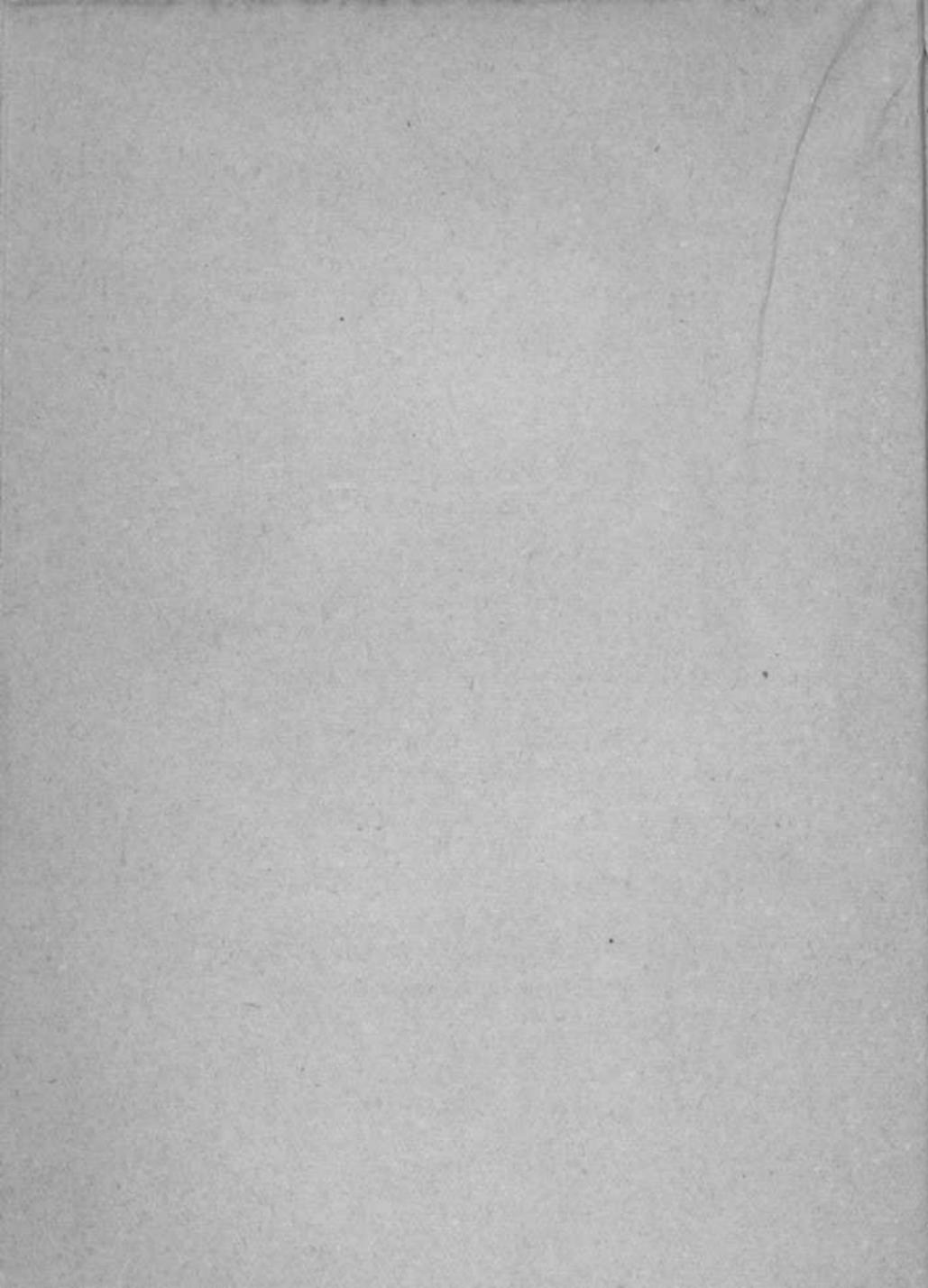
La noche está serena;
el cielo es un jardín lleno de lirios
argentados. Una voluptuosa
laxitud amordaza los sentidos,
y flota en el ambiente
—propicio
a la aventura brava—un aroma
de raro misticismo...

Bajo la luna, el campo es como un templo
florido,
y hasta diríase que el viento reza,
quedamente, al pasar entre los pinos.

La noche me contagia,
quiero rezar; no sé... sólo consigo
pronunciar tu nombre...

Y al pronunciarlo así, con tanto ahinco,
hago de él un rezo muy sincero
y, trémulo de amor, te lo dedico.

A L B U M



CREPÚSCULO

En el silencio vespéral los versos,
dolientes, de una copla,
surgieron lentamente.

Hubo un suave temblor entre las cosas
antes adormecidas
bajo el cielo de luz, abierto en comba,
titilaron las luces
rojas,
de pristinas estrellas,
y en un lecho de rosas,
por una brava conjunción unidas,
dos pobres almas se sintieron locas...

¿Después?... El viento se llevó las últimas
notas
del cantar lamentoso;
pasó un nuevo temblor sobre las cosas,
y, en un lecho de espinas,
aquellas almas engendraron otra...

NOCTURNO

Viejos castaños,
de altas
copas, erguían su impasible mueca
sobre un fondo de grises y de malvas.

El silencio dormía,
como un pájaro, oculto entre las ramas,
al arrullo del viento
que era un suspiro de mujer...

Brillaban,
enigmáticamente,
las pupilas inmóviles del agua,
y en el quietismo de la noche bruja,
todo tenía transparencias vagas...

De pronto, leves,
raudas,
perceptibles apenas, resonaron,
batiendo la oquedad unas pisadas,
y también, a lo lejos,
gritos de asombro, de dolor, de rabia.

Era que entonces—para siempre, acaso—
una ilusión abandonaba a un alma...

Se despertó el silencio,
y fué el viento, silbando en la enramada,
quien acalló las quejas
del corazón dolido, que sangraba.

LUNA NIÑA

En el parque del cielo
la luna juega
escondiendo
su rostro, de niña boba,
tras unas nubes de viento.

Baila
luego
a compás de los ladridos
con que la obsequian los perros
vagabundos...

El silencio
la tiende, amante, las brazos.
y la súplica de un beso.

Pero la luna no quiere
escuchar el ritornelo
meloso,
de un amador tan sincero,
y,
encendiendo
su rostro de niña boba
con un mohín de desprecio,
se va
lejos
saltando, alegre, a la comba
con un cordel de luceros.

RIBERA

En la tersura del agua
el narciso de la orilla
—un chopo—ensaya posturas,
desconcertantes, de hombría.

Pobre árbol solitario
que te miras,
lleno de orgullo, en el agua
que otro enturbió más arriba,

no ensayes gestos de jaque,
vuelve a tu humildad nativa,
a ser trompero del viento
y trovador de las brisas...

Árbol:
deja que el río se lleve
tu narcisismo a otra orilla.

E M O C I O N A R I O

REBELDÍAS

...y muy quedo,
dijo la voz amiga:
— Me tienes disgustada,
pues creía
que ya eras otro. Te juzgué curado
de los errores a que diste vida
y resulta
que se han hecho mayores todavía.

Eres incorregible,
nada te intimida
y protestas de todo lo creado
con un gesto de absurda rebeldía...

...y contestó el poeta: — ¡Eso
te apena, niña mía?..
Pero tu pesadumbre tiene causa;
eres mujer, bonita...
(dos barreras, que impiden
acercarse a los pozos de la Vida).

Yo no me adapto a ella
— ¡son tales sus rutinas! —
y corro el mundo en rebelión perpetua
que a unos asusta y a los más irrita,
porque les rompe sueños
que, con paciencia borreguil, dormían.

Además soy rebelde,
niña mía,
porque miro a las cosas cara a cara,
y pongo mucho amor donde no había
más que odio...

¿Mis armas? Sólo estas
rimas,
en las que fulge—rayo
de sol—tu risa
sobre la sangre de los trozos
que el corazón se arranca al escribirlas.

ANUNCIACION

El ululú del viento
clamorea azotando los cristales
de la ventana. Llueve
torrencialmente. Abres
la puerta, miras a lo lejos, cierras
y tornas a sentarte
junto a mí,
frías las manos, pálido el semblante,
perdida la mirada,
como si un miedo tu quietud turbase.

Yo te miro a los ojos,
pero ¡en balde!,
pues no me dicen nada
¡a mí, que nunca me cansé de hablarles!

Y continúa el viento
ululando medroso entre los sauces
de nuestra huerta. Súbito
y con terror, deshaces
el abrazo amical que nos unía,
y con el puño crísp, y con señales
evidentes de gozo,
dices: ¡Abre!
que, por fin, ha llegado...

—¿Quién?

—El otro; otro tú, que es tu carne.

—¿Qué dices, sueñas?

—No sueño, no; un ángel
me anunció su venida
y ha llegado, aunque tarde.

—¿No le has visto?

—Yo no...

—¿Es posible?

—Sí; no he visto a nadie.

—Pues está en mí, me lo ha traído...

—¿El ángel?

—No, no; el viento,
el viento mismo que peinó los sauces;
y ya noto
cómo en la entraña de mi vientre late.
Y él eres tú, y soy yo, y es otro nuevo:
sangre de sangre que bañó a mi sangre...

—Y nacerá a la vida;
miles de besos robarán los aires
para él; su carrera
hasta el sol detendrá para besarle;
y será nuestro apoyo:
puntal de amor, cuando el amor nos falte...

—Dios te oiga, y a mí que me bendiga...

—¿Hay bendición mejor que hacerte madre?..

MI CASTILLO

Sin impaciencia, sin prisa,
lentamente, lentamente,
voy armando mi castillo
de juguete;
mi castillo hecho con sueños,
con alegres
promesas,
y con visiones de fiebre;
mi castillo
del que es duende
una inquietud...

Lentamente
voy armando mi castillo
de juguete...

Se alzan al cielo sus torres
imponentes;
en el agua verdi-negra
de sus fosos, resplandece
más puro y brillante el sol
de mis anhelos; y el puente
levadizo
canta ilusión al tenderse.

Con terquedad infantil,
he pretendido hacer frente
a las penas,
y al cariño, y a la muerte...
pero ha bastado el cariño
—¡sólo él!— para vencerme.

Y es que yo,
impaciente,
no comprendí que el castillo
—hecho de sueño y de fiebre—
era sólo,
simplemente
un primoroso castillo
de juguete.

LA ORACIÓN DEL PARQUE

Nos fuimos al parque,
hermano,
a casarnos con la luz
esperanzosa del lago.

Y lo hicimos...
En su regazo,
como dos niños pequeños,
soñamos con el milagro:

Las almas eran
dos pájaros,
y la luz la novia ingenua
que nos besaba en los labios...

Seguía el rezo del parque
devanando
la madeja de sus cuítas.

En el caminito blanco
ya florecían los lirios
del silencio. Y en los altos
cipreses,
la noche se iba dejando,
a jirones,
la negrura de su sayal franciscano...

... Y desperté
y dije: hermano,
vámonos lejos del parque
por el caminito blanco,
de puntillas,
muy despacio,
porque no suene a blasfemia
el eco de nuestros pasos.

EL PARTO DE LA TIERRA

El árbol de la Vida florecía en promesas bienhechoras; su tronco, retorcido y nudoso —¿por un remordimiento?— amenazaba al Cielo con el audaz anuncio de rebeliones tercas.

La Tierra—nuestra madre—en cuya entraña hincaba, furiosamente, el garfio de sus raíces—buidos puñales de misterio—con un sacudimiento epiléptico, abría los grifos de sus ansias.

Bebía la luz el verde de la pradera; blanco, y perceptible apenas—como el sueño difuso de una noche de fiebre—por la línea angulosa del horizonte, huía del mundo un caserío...

Rebaños de ilusiones eran las nubes grises, azulencas y pardas, que el viento de la Idea empujaba a los mares remotos... Se notaba impregnada la atmósfera de una sensual fragancia.

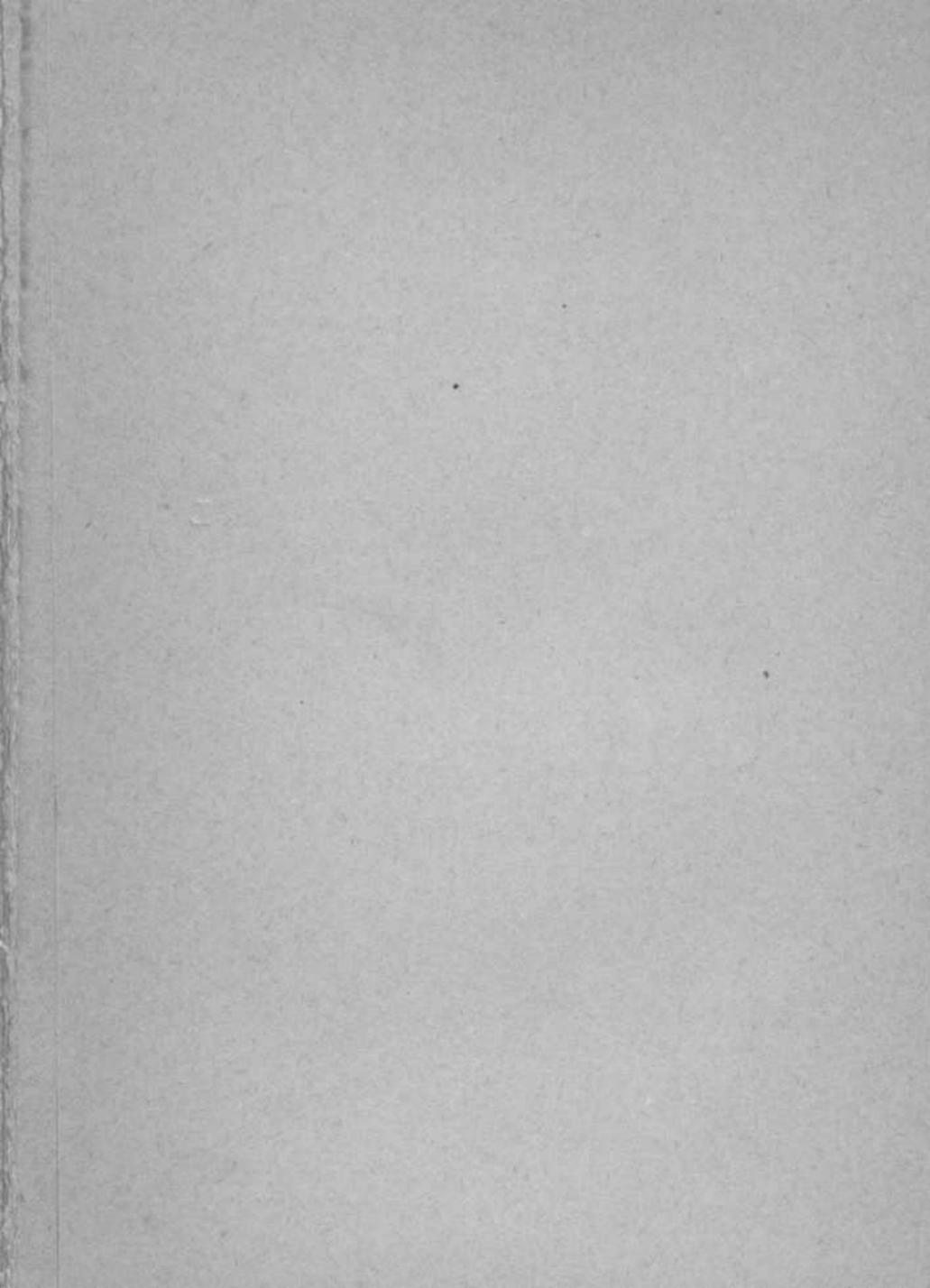
De pronto, las entrañas de la Tierra se abrieron y un grito, clamoroso, de impiedad, fué el saludo del nuevo sér que, ansiosa de grandezas, paría, junto al árbol simbólico, la Madre más fecunda.

El nuevo sér irguióse—en su glauca mirada
brillaba un desafío universal—y abriendo
sus manos, entre ellas tomó el cáliz del campo
y comulgó con hostias de todas las Verdades...

Después, sin más bagaje que su hondo deseo
de triunfar, ni más armas que las de su osadía,
por el camino rubio de un rayo de sol, quiso
llegar, en son de guerra sin cuartel, hasta el Cielo...

Y fué la propia Tierra—arrepentida en breve—
quien castigó a su hijo hundiéndolo en la Nada...
Y en tanto, entre las ramas del árbol de la Vida,
decía el viento salmos de una canción de muerte.

B I S E L



ORTAL

Se ha asomado la noche
al castillo de popa del navío
y recoge en su tubo telescópico
la cinta emocional del panorama.

Olas de luz azul
baten los flancos de la nave; el cielo
—cruceiro de agua dulce—
enjabona las barbas del mar negro.

¡Adiós... Adiós!
Banderitas borrachas que hacen eses
—sujetas o los mástiles—
en la pista insegura de la huída.

¡Adiós... Adiós!
la estridente sirena de las torres
apedrea el silencio...

Y siguiendo la espuma de su estela
el navío dibuja una tangente
—circunferencia horizontal—
con su enérgica línea flotadora.

Y vuelve el mar a estarse solo y mudo
—patéfono sin cuerda—
y en el campo con surcos de las olas,
la noche, capitana,
abandona en memoria de la empresa
la mentira lunática
de su blanca gorrita marinera...

VÉSPERO

Salió el poema cogido
a la espiral del cigarro;
salvó la babel mecánica
de la rúa
y, con el hilo metálico
del teléfono,
midió el horizonte en cuadro...

(La tristeza de la tarde
se desplomaba en un banco.

Resbalaba tu voz húmeda
por el hielo de mis manos).

Salió el poema—satélite
melancólico de un astro—
cogido al tirabuzón,
azulado,
del cigarro...

La aplaxia crepuscular
—carne morena—

se estremecía al contacto
de tu vocecita húmeda,
que era agua hilada al mover
la rueda de mi fracaso...

(La tarde se malhería
con la navaja de un charco).

CANCIÓN DE CUNA

Que duerma el niño,
que no despierte,
pues ya no hay brujas,
trasgos ni duendes.

Corazoncito
corazoncito
¿por qué no duermes?

Baten los grillos
sus sonajeros
de cascabeles.

Juegan al corro
—alegres—
las casas viejas
y los dos puentes...

Un silbo
agudo
—Piiiiiii—
estridente

pasa
—ginete
de los minutos—
pintando el tenue

temblor de un miedo
sobre las frentes...

«Duérmete, niño,
que el «coco» viene
y come al niño
que no se duerme...»

La canción sigue
lanzando cohetes
policromados...

En el ambiente
—aplexia, inercia—
se riza el bucle
de los laureles.

Y tras el fondo
gris
de la noche
una luz verde
graba el poema
de los que velan
a los que duermen...

Que duerma el niño
que no despierte...

Corazoncito
—que viene el «coco»—
no te desveles.

LA PULSERA DE LA NOCHE

La Noche—doncella altiva
de un romance—
ha perdido la pulsera
de platino y de diamantes

—luz de astros—
y ha dispuesto que su paje,
el viento, vea de hallarla
los medios más eficaces.

El viento, obediente, busca
por entre el tul de los árboles,
y sus manos
nerviosas, rápidas, ágiles,

rasgan, rompen,
hienden, trastornan, deshacen
la arquitectura fantástica
—cuentos de amor—del follaje...

Y la joya no parece...
¿dónde estará? ¡Quién lo sabe!
rota acaso,
acaso presa en un sauce.

La doncella altiva gime
y su paje,
el viento, increpa a las cosas
relatándolas el lance:

«La Noche—nuestra señora—
va a casarse
con el Día... y ha perdido
su pulsera de esponsales...»

Ahora decidme, vosotros,
—casas, árboles,
río, murallas y puente—:
¿la habéis encontrado?

Nadie
ni nada tiene respuesta
para el paje;
casas, murallas y puente
se marchan río adelante...

y sólo los renacuajos,
estudiantes
de ocarina,
columpian su ¡NO! en el aire.

VELA

Cogiditas de la mano,
las dos campanas fraileras
penetraron dando brincos
hasta el lecho de mi enferma.

Yo pretendí disuadirlas
a voces.

—Dejad que duerma
tranquilamente sus sueños
fatigosos...

Pero ellas,
en dobles saltos mortales
doblando sus piruetas,
se le enredaron al pelo,
peinando en arco sus cejas;

dieron cuerda a mi reloj
parado sobre la mesa,
volcaron las medicinas
en el espejo—agua tersa,

rota en triángulos—ciego
a las variaciones lentas
del mercurio, duendecillo
irrisorio de leyenda.

(Sor Susana—geometría
de almidón—trabaja y reza).

Cogiditas de la mano,
las das campanas fraileras,
se han sentado, fatigadas,
junto al lecho de mi enferma...

Mis manos—garfios de sombra—
las separan a la fuerza
y, abriendo el balcón, las miro
romperse contra las piedras...

Y siento como, en la opaca
lechosidad mañanera,
van pasando
sobre ellas
los escuadrones de casas
que galopan en la niebla.

SUICIDIO?

La tarde se ha caído
de bruces en el río
y su hermanito
 el puente
—¡viejo puente romano!—
se ha reído
 batiendo
sus colleras de arcos...

La tarde se ha caído
¡¡¡plaff!!!
de un solo golpe al río.

Arboles pescadores
lanzan en pos de ella
las cañas de sus brazos.

La mano
náufraga
se afirma a los anzuelos.

Lavanderas piadosas
jabonan el crepúsculo
que se manchó de hierro.

La tarde
desde el puente
¡¡¡plaff!!!
de un solo golpe
al río.
¿Se trata de un suicidio?

La chimenea de ladrillo
la ha enterrado
amortajada en humo
bajo un montón de ángulos.

NOCHE

Los perros beben silencio
en la taberna del miedo.

Al viejo balcón asoma
su adunco perfil la risa
conocida...

¡Ay, quién pudiera
montar a caballo en ella
dejando suelta la bridal

Se ha estremecido la angustia
que arrullo contra mi pecho...

Ea, ea...; duérmete.
Yo seguiré con el cuento...

(Serénate, dueño mío).

«En la taberna del miedo
los perros beben silencio
y están borrachos perdidos!»

NAUFRAGIO

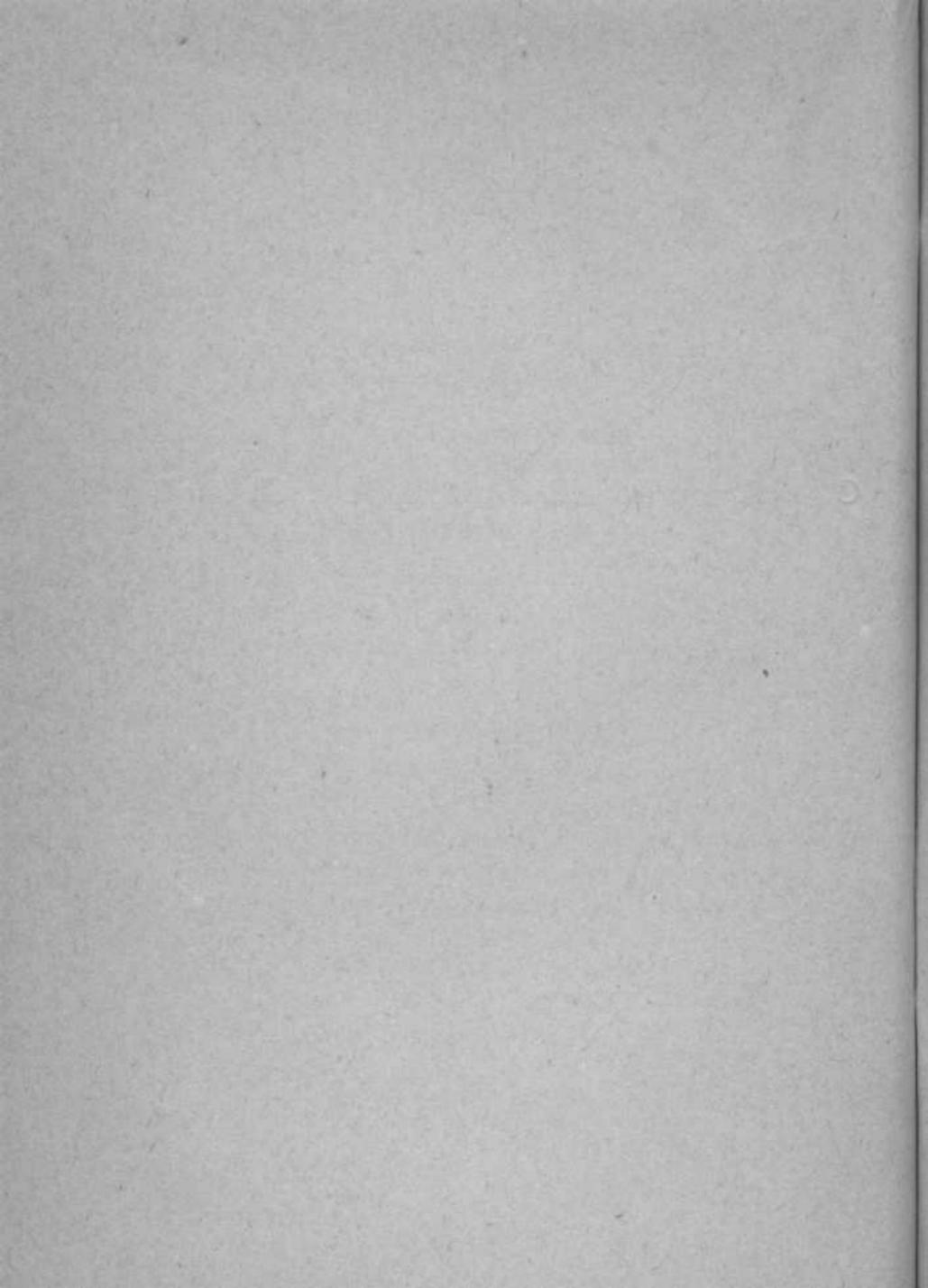
Ha naufragado en un mar
de tedio, mi soledad...

¿Habr  levantado el agua
su cenotafio de espuma,
y esculpido una inscripci3n,
jeroglifca, la luna?

No hacfa falta...
ella, al hundirse, cav3
en el mar su sepultura...

El paquebote SOLEDAD
—mi navecita más linda—
no ha regresado del mar...

C A T E D R A L



I

EXTERIOR

¡Chist... Silencio!
El instante es solemne...
Bajo los palios de la farsa empieza
la nueva farsa...

La torre, una tras de otra,
se ha probado las mitras del obispo,
y la mano abacial de su veleta
escribe bendiciones con falsilla.

Las gárgolas se prestan
a servir como hisopos.
En la capa pluvial del sacrilegio
borda sus risas el becerro de oro.

La otra torre más baja
—cenicienta de un cuento de la infancia—
enciende su retablo de reflejos...

Cálices invertidos
entre el polvo del sol que se suicida.

Y en alegres elipsis
se ha fundido la plata del turíbulo.

La farsa continúa
rodando su película
por el lienzo impoluto del abismo...
Y la torre—ensayándose—
reparte bendiciones
y falsea, con sol, un crucifijo.

II

CORO

La rosa pétrea ha nacido
en el vergel del fervor,
y al abrirse su corola
se va manchando de sol.

Se desgarran en poliedros
sonoros el campanario
—colmena de misticismo—
y sus abejas—los ecos—
giran y giran zumbando.

La escala de las plegarias
se cuelga de las ojivas.

El miedo enciende en los ojos
miles de luces votivas.

En el artesón del techo
fracasa en llanto un lamento.

Los vidrios policromados
se ríen de los milagros.

Y son las notas agudas
de los salmos del tenor
niñas rubias que entretienen
sus ocios jugando al corro
en torno del facistol.

III

MISA MAYOR

Zarabanda de luces verbeneras
subrayando el fulgor del tabernáculo.

Casullas medioevales
unidas en triángulo equilátero.

El tobogán del coro
desliza hacia el altar la voz del tiple,
y a las trompas del órgano sujetan
los globos de su rezo los canónigos.

El humo del incienso
pasa su goma de borrar;
el cuadro
se diluye en absurdas perspectivas.
La ironía florece bajo el cáliz.

Un magistral ventrudo,
desde el púlpito,
con el bastón de su oratoria aguanta
en equilibrio la emoción del pueblo.

Y el barroquismo áureo
del retablo
rueda por las alfombras
y se pierde en la red de miniaturas
que bailan su peón en los breviarios.

I. N D I C E.



	Pág.
UMBRAL	7
AUSENCIA	9
I.—Despedida	11
II.—Distancia y tiempo	12
III.—Inquietud	13
IV.—Ofrenda	14
ALBUM	15
Crepúsculo	17
Nocturno	18
Luna niña	19
Ribera	20
EMOCIONARIO	21
Rebeldías	23
Anunciación	25
Mi castillo	27
La oración del parque	29
El parto de la Tierra	31
BISEL	33
Ortal	35
Véspero	37
Canción de cuna	39

	<u>Pág.</u>
La pulsera de la noche.....	41
Vela.....	43
Suicidio?.....	45
Noche.....	47
Naufragio.....	48
CATEDRAL.....	49
I.—Exterior.....	51
II.—Coro.....	53
III.—Misa mayor.....	55

EX - LIBRIS

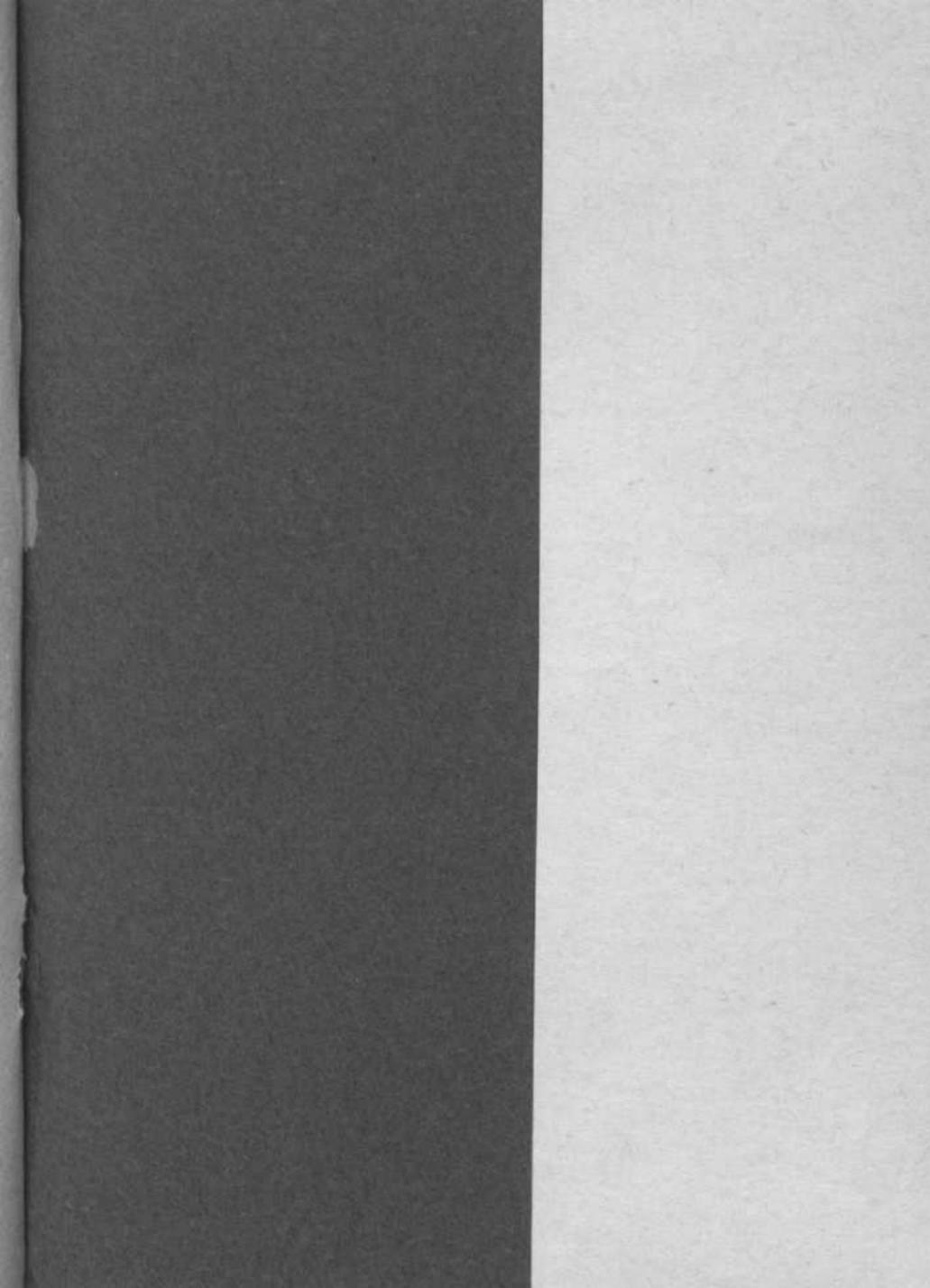


Z MALDONADO BOMATI



EN
SALAMANCA
(CIUDAD UNIVERSITA-
RIA Y ACOGEDORA) Y EN SU IM-
PRENTA COMERCIAL, RÚA ANTIGUA, NÚ-
MERO OCHENTA Y TRES, ACABÁ-
RONSE DE IMPRIMIR ESTOS
POEMAS A LOS VEIN-
TICINCO DÍAS
DEL MES
DE FE-
BRE-
RO
DE ES-
TE AÑO
DE GRACIA
DE MDCCCCXXVIII

100 €



PUBLICACIONES DEL LICEO DE LAS ARTES